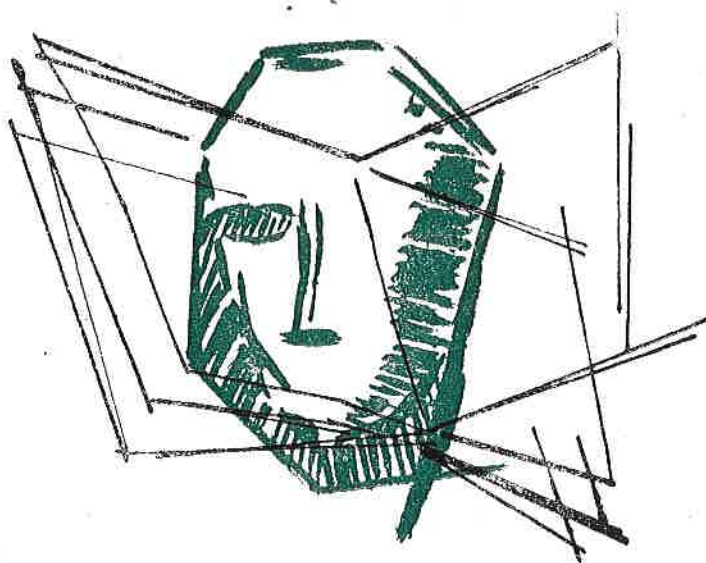


# EXÁMENES: Catedráticos y Alumnos frente a frente

*Jesús M.<sup>a</sup> Marañón, S. I.*

Si en los momentos en que estáis ante el Tribunal suele haber la suficiente educación para que no se desate toda la tensión reprimida en los quince o veinte últimos días, cuando os véis — a la salida del aula, o en la larga espera a que la voz bronca del bedel convoque el examen, rodeados por el extraño calor que os brinda el



estudiante clase — entonces los gritos, las afirmaciones rotundas y convencidas: «¡No hay derecho! ¡Qué estudien ellos! ¡Si no ha explicado el programa!...»

Lo triste es que si abriésemos tímidamente la puerta de la sala de profesores, antes o después de la pelea — sobre la mesa un montón de ejercicios que van a ser repartidos entre el «equipo» de profesores y ayudantes para la corrección —, podríamos oír pausados, pero no menos seguros comentarios de catedráticos que van y vienen: «Cada día estudien menos», «¡Claro! no vienen a clase»...

Ahora nosotros fuera del grupo ardiente de los pasillos, sin entrar en la reunión de profesores para defenderos con un: Vds. perdonen, también ellos..., desde la brevedad de estas líneas, no para herir, mucho menos con el soberbio atrevimiento de exigir responsabilidades, sino con el sincero afán de que la mansa y diáfana verdad evangélica ilumine las conciencias, vamos a deciros lo que quizá sepáis, lo que presiente la interior rectitud de vuestra alma, no siempre a flor de la vida por causa de nuestra baja condición.

Más de un detalle se nos habrá escapado, dado los diversos matices que el problema universitario encierra en las distintas Facultades y Escuelas aun de una misma ciudad. A pesar de todo creemos que estos rasgos comunes podrán llegar a prestar un buen servicio a los que tengan la paciencia de concederles unos minutos de atención.

### **Un hombre para un servicio**

Este es el catedrático. Con sus horas inmensas, iguales, ahítas de luz eléctrica antes de la ruda oposición que pone en juego todas sus energías en un esfuerzo psíquico de hombre bien templado. Uno entre varios – tres o cuatro nada más – en su elección, en ese «sacar la cátedra», viene a formalizar el contrato para prestar sus servicios. La Universidad (o cualquier otro Centro) le acepta, y él reconoce las condiciones que aceptó al «firmar las oposiciones»: materia de enseñanza, horas de exposición, normas pedagógicas...

No es nuestro intento, ni nos pertenece analizarlas; eso sí, hemos de ofrecer las obligaciones que la doctrina cristiana – breve, concisa, pero de una unanimidad absoluta a través de los siglos – impone a los que se dedican a enseñar.

Por supuesto ciencia. No sólo la inicial que se reconoce oficialmente desde el momento en que se declara cubierta la cátedra, sino ese otro progresivo saber que hace al maestro irse perfeccionando, ir dominando la materia que luego ha de exponer e incorporar a las mentes de los alumnos.

Esto también lo pide una enseñanza conforme a moral cristiana. Me refiero al racional esfuerzo, adecuado a la edad de los que han de aprender, por que no sólo oigan, sino que oigan bien, y el tiempo que permita el horario de clases, y dejando en sus mentes tales impactos, que la ciencia cono-

cida, saboreada por el catedrático, desconocida para los alumnos, se meta en su vida un tanto moza, para hacerles pensar y trabajar.

Ciencia, comunicación de esa ciencia con urgencia de suscitar el trabajo personal, y, por último, bien encuadrados nuestros conocimientos en los planes de Dios, de manera que no se los destrozemos atacando con nuestra falsedad, o silenciando injustamente toda la sumisa dependencia de nuestro saber ante Él. Ataque o silencio que lleva tras sí la responsabilidad del maestro en el error de los alumnos.

### **El difícil arte de enseñar**

El enseñar encierra ya por sí solo una gran dificultad ¡Cuánto más el enseñar bien, con integridad total, moral y pedagógica! Por eso a cualquiera de vosotros que nos expusiese sus deseos de rematar la carrera con oposiciones a cátedra, le daríamos este sano y primordial consejo: consulta a Dios, interesa a Dios para que te ayude a resolver tu vocación profesional.

Así ante Él, expón sinceramente todo: gustos, capacidad intelectual y, antes que el cálculo de temas o fechas que faltan para la oposición, ese sobrio examen de las obligaciones que desde ahora para siempre van a constituir en tu vida el cuestionario obligado de tu servicio profesional.

Todo ante Él. Y si ves que te llama a pesar de la retribución no muy pingüe, y de la consideración que va a brindar la sociedad a tu cátedra, quizá no tan halagadora como la que disfrutan otras cátedras o profesiones, entonces pídele ayuda; que podrá ser entre otras cosas luz para entender, una enorme ilusión que nunca desfallezca para trabajar y acierto en saber comunicar.

## Vuestra pregunta a quemarropa

A quemarropa y en serie. ¿Entonces pecan los catedráticos que no preparan su asignatura, o acortan notablemente la asistencia a clase, o no nos explican todo el programa?

Me la esperaba y no la voy a rehusar. Por lealtad para con vosotros, para con la verdad, y por agradecimiento para con todos aquellos catedráticos verdaderamente entregados a su cátedra que tuve la suerte de tener en mi vida universitaria. Unos todavía ejercen su benéfica influencia sobre vosotros; algún otro escucha las lecciones del Maestro allá en los cielos.

Antes que nada, modificad vuestra pregunta. A nosotros los hombres, que no tenemos ojos para leer la historia que cada alma escribe con sus pasos, no nos es lícito decir «pecan», sino «pueden pecar». Eso sí, puede llegar a pecado grave según sea el descuido voluntario de una profesión que libremente se comprometieron a desempeñar.

## Círculo de responsabilidades

Viene aquí a cuento para que enfoquéis vuestro porvenir, no juzguéis a la ligera o, llegado el caso, prestéis la luz de vuestra inteligencia para resolverlo, esbozar ese círculo cerrado de responsabilidades mutuas que tiene una importancia bastante decisiva en las deficiencias que ahora tanto os duelen con el vacío de vuestra mente y cargazón de los ojos.

Porque el maestro que acepta el oficio de enseñar, más o menos absorbente, pide por el ejercicio de su alta y exigente función lo necesario para mantener el tren de vida que requiere su estado dentro de la estimación social del país en que vive. Si esta necesidad no se le satisface, reclama a la otra parte contratante. Con el silencio práctico de éste, poco a poco se injertan en el quehacer diario

ocupaciones extra-universitarias (no todas las cátedras tienen facilidad de ejercicio profesional activo y remunerado – ciencia experimental, de divulgación... – con provecho para las lecciones de clase), que causan fácilmente pérdida de tiempo, substitutiones forzosas y hasta ruptura del contacto durante gran parte del día, de la semana y quizá del mes con la materia que se debe desarrollar.

Pero la institución educadora frecuentemente excusa sus honorarios, precisamente porque ve que la dedicación a tal cátedra y con tales irregularidades no merece mayor retribución.

Así está el vicioso círculo que no sabemos quién empezó. El profesorado descarga su responsabilidad en la institución, y ésta a su vez en el profesorado. Y sucesivamente se repiten las vueltas más o menos encendidas según la rapidez que la pasión de la polémica imprima, dejando saltar de vez en cuando alguna chispa fuera de la estrecha órbita, contra la familia por ejemplo, por no contribuir debidamente a las necesidades de la enseñanza.

## Soltad la piedra

Esto para sujetaros la mano y haceros soltar la piedra. Porque si no nos es dado juzgar a nadie, menos en esa complicada situación que a todos nos preocupa casi tanto como a los que emplean muchas horas y entusiasmo en encontrar solución exacta al problema.

Soltadla, pero tenedla a mano. Para golpear vuestros pechos si llega el caso de que encaramados a la cátedra os viene la sutil tentación de ir mutilando tiempo de estudio y clase porque veis cómo enflaquece vuestra bolsa al correr de los años y de los años de vuestros hijos. No; el contrato está firmado. Tenéis campo ancho para la reclamación a la jerarquía, cosa hartamente molesta pero honra-

da. Por el contrario, es estrecha la calleja que desemboca en daño de los alumnos, de la sociedad y de la propia conciencia vuestra, creyendo ser lícito compensar la carestía del sueldo con descuido de la propia profesión.

### **Ahora os toca a vosotros**

A los que sois universitarios por el hecho de que vuestros patrimonios familiares desembolsasen unas pesetas en las ventanillas de la Universidad, y otras (que tampoco eran pocas) en la librería, y más en el Colegio Mayor que sale algo más caro que la pensión en casa, y hasta dejándoos un remanentito para vuestros gastos y algún que otro corte que antes no usabais.

¿Y esto para qué?

Para haceros universitarios, adquirir ese grado social que pone a vuestro servicio edificios (en muchos casos los más modernos), bibliotecas, profesores... y algo que se palpa y ambicionáis: esa posición social de que alardeáis orgullosos por los trenes cuando apuráis las vacaciones, o, sencillamente, por los círculos de la ciudad universitaria en que os toca vivir.

Es un hecho real. La sociedad, hoy por hoy, no sabemos hasta cuando, estima al estudiante. Nadie regula sus horas de estudio, fuera de las clases. ¡De qué diferente manera establece el horario de un aprendiz, un empleado o un dependiente! Los universitarios pueden organizar sus diversiones entre semana, disfrutar en el curso días de vacación que ellos no disfrutaban, apurar la quincena larga de Navidad, la Semana Santa de más de siete días, y tres meses amplios en verano, cuando no les toca el campamento, que contrastan con los quince o veinte días de cualquier otro empleado u obrero si es que los alcanza.

Y todo porque Dios os dio algo más de substancia gris, y os puso en una familia que

se encargó de ponerla en actividad cuando ibais con ilusión a la escuela.

### **¿Qué es estudiar?**

Porque todos estos mimos y sacrificios, muchas veces no pequeños, de vuestra familia, nuestra sociedad y nuestro Dios, son cabalmente para que estudiéis.

Y estudiar no es disfrutar ni de los talentos, ni de las pesetas en la cuchipanda de nuestras calles. Es algo más serio. Que empiece por pedirnos que asistáis muy formalitos a clase, pero muy despiertos, procurando captar algo que no entendéis, y desliar ese «rollo» que antes de entrar en el aula suponéis ya ininteligible. Somos los primeros en reconocer que los profesores ilusionados escasean quizá en todos los ámbitos de la enseñanza patria. Pero de ahí a esa total actitud de una buena mayoría, arrellanados en los duros bancos sin que un pensamiento serio cruce ni furtivamente por sus mentes, va un abismo. Fijaos bien que hablo de una mayoría. Las minorías son de lo mejorcito y mantienen muy fresca la esperanza de los que preparan el relevo.

Después, vuestras horas de estudio privado sobre los flamantes textos. Todos los días. Pensando y volviendo a pensar lo que hace un decenio hubierais archivado en la memoria con pueril rapidez. Ser estudiante es vuestra profesión. Con ella no cumplís bien si sólo atizáis la máquina cuando os salta un parcial o anuncian las prácticas de tal asignatura, para luego evadiros del opresor clima de estudio.

Pero ¿existe tal clima? Los datos no nos lo aseguran: sobra de memorismo en el modo de trabajar, la propia confesión tantas veces oída de que «no pensamos» (aquí la consabida pullita a los primeros educadores laicos o religiosos), esos opositores máquinas que tropiezan en el primer corte que sufren al

exponer el tema, el bajo nivel de conversaciones y lecturas donde no prende el quehacer político y mucho menos el científico.

### **Infantilismo o injusticia**

No queda otro remedio. Si queréis rebajar la gravedad de vuestro posible pecado, hay que atender a la irreflexión de los pocos años, a pesar del bigote y las espaldas. Si no, injusticia; mayor o menor según derrochéis alegremente los sudores de los vuestros o desoi-gáis las duras advertencias de vuestros padres. La voz del trabajo de unos, la santa machaconería de otros son de un rápido efecto para dar mayoría de edad a la conciencia moral. Convierten la inconsciencia juvenil, en maduro conocer los actos como buenos o malos.

¿Y la situación de privilegio en la sociedad, en una sociedad que quedó atrás en la solución de muchos problemas, por falta de hombres que hubiesen aprovechado los años de inteligencia ágil para preparar debidamente su equipo intelectual? ¿Y los talentos de Dios no ya enterrados, sino con el grave peligro de no saber ni el huerto en que fueron arrojados?

Eso sí, el Señor tendrá una benévola mirada de comprensión y ayuda, para tanto estudiante solitario que ve estériles sus tenaces esfuerzos por no tener cerca una dirección hábil.

### **El encuentro**

Duro como una final de copa. Ante los ojos la lista de «primas» que os hacen ambicionar el triunfo: queréis aprobar para pasar un buen verano, para no perder curso, no dar (ni recibir) un disgusto en casa, quedar mejor que el vecino de enfrente... No quiero heriros, pero se me escapa esta pregunta quizá algo cruel: ¿han variado mucho estos motivos principales de vuestro esfuerzo final

en comparación con los que barajabais allá en los primeros cursos de bachillerato? Nos tendríamos que felicitar efusivamente, si ahora escociesen vuestras conciencias estos otros de más tomo y que juegan un papel decisivo en la responsabilidad moral: soy deudor de unos miles de pesetas a mi familia, de la consideración de privilegio que la sociedad me ha concedido, de todo lo que Dios me ha facilitado para que cumplierse con este servicio de estudiar.

### **Estrategia de última hora**

En muchos casos, a la desesperada; en casi todos, desordenada. Falta ciencia. Se os vienen encima horas de estudio a destajo, café, excitantes, y todas las visitas posibles en busca de recomendaciones. Toda vuestra vida natural y sobrenatural – para los que tienen la dicha de vivirla – sufre un colapso. Abunda el mal genio, mal dormir y peor comer. Tristeza. Todo con el típico calor de nuestras ciudades por estos días. Brotan cálculos sin número de las lecciones que quedan por ver y engullir hasta el momento del examen.

Entonces ¡qué fácil es presentarse mal, con tartamudeces, mala letra, faltas de ortografía, omisiones mayúsculas o confusiones de temas! Nervios sobre nervios. Los que teníais disparados hace casi un mes, y los que se os disparan ante el tribunal o la hoja en blanco.

### **¿Te querrán aprobar?**

Piensa que los que tienen que juzgar tu actuación se pueden ver a veces apremiados por la vida, en la forma que antes apuntábamos: ruptura del contacto con la materia, falta de tiempo, preocupaciones... Todo, hasta el calor y el ingente número de examinandos gravitando sobre un psiquismo que se le esperaría depurado para la ardua labor



de saber poner la calificación exacta por encima del descamisado que tiene delante, o de esas obsesiones que se nos graban en momentos de debilidad nerviosa: «no estudian», «hay mucha masa»... y en seguida captar el disparate decisivo.

Allí pueden nacer muchas injusticias — y viviendo entre hombres, sin duda que algunas veces nacerán, aunque no lleguen a dejar feo lastre sobre las conciencias — porque no se dio lo que era suyo al estudiante que mereció notable o aprobado. Con la amarga coletilla de gastos, cursos pendientes, abandono de los libros de gentes muy valiosas para las tareas intelectuales.

Luego viene el verano con la fuga inerte de vuestras cabezas, el mal sabor de boca del estudio universitario, y así hasta que de golpe os encontráis con el dilema, que algo crudamente expuesto, podríamos resumir: la oposición o la azada.

### No nos interesa el empate

Llamo empate al balance negativo de ver cada uno en su interior las faltas, pero puesto algo más que el rabillo del ojo en las del vecino, para perdonarse benignamente con la igualdad de responsabilidades: ¡Todos pecamos!

No, eso no es cristiano. Esto no produciría el bien que yo deseo en vuestros Centros y en vosotros mismos. Porque si no tenemos reparo en afirmar acrememente que «mi Uni-

versidad está mal», o «mi Escuela peor» — yo diría «mi Facultad» —, hemos de tener la suficiente hombría para examinar nuestra conducta sin perdonar rincón, y ver primero si estoy yo como Dios manda en mis tareas de aprender o enseñar.

### La enseñanza en el vértice

Dos fuerzas la sostienen conjuntamente: familia-sociedad. Y éstas apoyadas en el orden que Dios estableció, como aprendimos en Ética.

La enseñanza reúne en una misma tarea a profesores y alumnos, con cuentas que rendir a unas mismas familias, a una misma patria, a un mismo Dios.

¿No requiere esta común responsabilidad, una consiguiente y armoniosa comunidad de esfuerzos, en unos para dar todo, en otros para recibir todo y elaborar todo lo que se recibe?

Frente a frente, no. Así nos empeñamos que sea por nuestra humana debilidad. El plan de Dios es muy otro; y — mientras no encontremos otro medio mejor — los exámenes deberán ser un sencillo acto final en el cual, el elemento docente públicamente decidirá con legítimo orgullo, que aquel su alumno y colaborador, aprendió todo, o casi

todo, o menos de lo que él enseñó. O, sin herir a nadie, que, a pesar de sus esfuerzos, esos otros necesitarán más tiempo para alcanzar lo que aún les falta.

